

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 82.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.ª, decha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,10

Pago adelantado.

La Iglesia, el Estado y la mala fe de los anticlericales.

Que el Estado necesite medios para cumplir su fin, es la contingencia que nos repiten siempre los estadistas que padecemos cuando quieren aumentar la contribución.

Pero que el Estado ande mal de fondos porque no se cumplen los preceptos de la Iglesia, es lo que conviene hacer constar.

El malestar de la industria, del comercio, de la agricultura, se atribuye principalmente al gravamen que pesa sobre ellos como losa de plomo.

Los tributos son innumerables, los impuestos consumen las energías del productor de buena fe.

Ahora bien, los impuestos son pagados por los pobres, por los pequeños propietarios, por los que no son onícuos ni amigos de políticos influyentes.

El catástro, con la atrozidad fuerza de los números, nos dice que hay ocultaciones tremendas de riqueza, en proporciones increíbles. En Jaén pasa la ocultación de riqueza del 62 por 100; en Madrid más del 70, y muchos pueblos de esta provincia ocultan más del 60 por 100.

Velada, Romeral, Alcañizo, Marrupe y otros muchos se citan como modelos de ocultación.

La Iglesia enseñó siempre a respetar el derecho de los demás; los ocultadores de riquezas faltan a esas enseñanzas perjudicando a la comunidad Estado y al que paga religiosamente los impuestos.

Si todos pegaran, la carga sería más ligera, la vida más barata, menos dura la lucha de la existencia y menor el número de pobres.

Una vez más se ve clara y evidentemente que el cumplimiento fiel de los mandamientos divinos es base de la prosperidad social.

Hay una clase de hombres que, con gran hipocresía, engaña al pueblo; haciéndole creer que defiende sus intereses. Estos hombres que todos conocéis, son revolucionarios por malicia y anticlericales por ignorancia.

Emboñan a las turbas con cuatro discursos en que las hablan de unos derechos que no entienden, y les lanzan contra una Iglesia a la que no conocen. ¡Hipócritas!, si buscáis el bien del pueblo dirigid los esfuerzos de la plebe ignorante que os escucha contra los que ocultan la riqueza que no tributa, distribuid entre los hambrientos las tierras obtenidas con el amparo de la ley y haceldos ricos.

No podéis alegar ignorancia; entre vosotros hay Abogados, entre vosotros hay Ingenieros agrónomos. Así como lleváis al pobre obrero que comete la torpeza de creeros a la huelga, que le mata de hambre y de miseria, llevado a medir y denunciar haciendas y ganados, para que se enriquezca por los medios legales. ¿Por qué no lo hacéis? Por que no buscáis el bien del pobre sino el vuestro, porque coméis colocados por los caciques y sots la mejor defensa de todo el que explota a este desgraciado país, que tiene la desgracia de no haceros barrer y arrojar al sitio donde se deposita la escoria y la pollita.

VEN YA, SEÑOR

Señor, yo no merezco
Sentarme en el banquete delicioso
De tu Sagrada Mesa;
Perdóname, te ruego ese divino
Manjar que me embelesa.
Si ingrata y fermentada pude acaso
Rasgar tu pecho amante,
¡Perdóname, Señor!, mira mis lágrimas
Correr por mi semblante.
Necesito tomar el alimento
Del celestial bocado;
Déjame desahogar en la abertura
De tu amante Costado.
Déjame descansar, que desfallezco,
Y ansiosa te desea
Mi pobre alma, que adó en tus amores
Se sacia, y se recrea.
El regalado aroma de tu boca
Cuando entenas en mi pecho,
Me extasia sintiéndome a Ti unida
Con lazo tan estrecho.
Ven, mi Jesús amado, mi delicia,
Porque sin Ti perezco;
No me dejes un punto, ni me trates
Tal como yo merezco.
Con tu eterna palabra creadora
Purifica mi alma
Por su virtud alcance en mi partida
De los justos la palma.
Sor. María Luisa de Jesús.
(Mercedaria.)

Las buenas lecturas.

(Fragmentos.)

Si la Prensa religiosa no es animada, sostenida, «levantada a un grado de respeto», no extrañéis que las Iglesias estén cada vez

más desiertas, ya que no quemadas ó demolidas.

De todo corazón os pedimos que apoyéis con la mayor predilección a los que, animados por el espíritu de Dios, consagran su vida a propagar periódicos que difundan y defendan la doctrina católica.—(Pto X.)

Un buen periódico es una misión perpetua en una Parroquia.

Es necesario oponer los esfuerzos de la buena Prensa a los esfuerzos de la mala.—(Lectn XIII.)

El periodista católico es como el cruzado medioeval, como el caballero de las órdenes militares extintas. Mis antepasados, de gloriosa memoria, bendecían la espada; yo bendigo con el mismo espíritu vuestras plumas.—(Pto X.)

PALABRAS DE UN VENERABLE ANCIANO

Un venerable anciano, viéndose rodeado de niños que se estrechaban cerca de él, les dijo estas palabras que nunca olvidaron: «Mis pequeños hijos, siempre he observado: 1.º que el trabajo del domingo nunca enriquece; 2.º que el bien mal adquirido jamás aprovecha; 3.º que la limosna no empobrece; 4.º que la oración de la mañana y de la noche nunca retarda los trabajos; 5.º que un hijo rebelde y libertino jamás es dichoso.»

Falsas promesas.

Yo te haré soberano—dijo al pueblo la revolución.—Y en algunas naciones todo él, aunque en España no todo, porque el pueblo español es como ninguno refractario a la mentira, se dejó alucinar por las falsas promesas de los que le adulaban para sujetarle mejor. Y, en efecto, el pueblo soberano es súbdito y víctima de multitud de señores, que antes, cuando nadie le hablaba de su soberanía, no tenía que soportar: ni los impuestos que paga al fisco, ni la contribución de sangre, ni las trabas y molestias que le aprisionan y entorpecen para todo, se conocían en los tiempos en que al pueblo nadie llamaba soberano, y los soberanos se sacrificaban por el pueblo. No hace un siglo todavía, un molinero podía llegar a General; hoy, para sermozo de cuerda, se necesita permiso del Alcalde y pagar contribución.

—Yo te daré abundancia de cuanto necesi-

sitas—le dijo la revolución.—Y para hacerle dichoso comenzó por robar y empobrecer a la Iglesia y a la aristocracia, que eran sus mejores amigos; a las instituciones benéficas que la caridad había inspirado; a los pueblos, cuyos bienes de propios eran remedio del indigente. Y cuando llega una calamidad, el pueblo no tiene ahora a quién volverse, sino al Estado, que crece de entrañas y se cuenta con más recursos que con los que saca del mismo pueblo.

Ni soberanía, ni abundancia, ha dado al pueblo la revolución, sino que la cerecena más cada vez las cosas indispensables para la vida. Nunca ha habido tanto pobre como ahora, nunca la carestía ha sido mayor. Los artículos de primera necesidad van siendo artículos de lujo en las casas humildes, y no ya el pan, sino hasta los condimentos que el pobre no quería antaño, faltan hoy en casa de muchos jornaleros. Lo cual no obsta para que la revolución siga haciendo las falsas promesas con que hasta aquí ha engañado al pueblo, y en muchas naciones todo él, aunque en España no todo, porque el pueblo español es como ninguno refractario a la mentira, se deje alucinar miserablemente.

Verso y Prosa.

VAGUEDAD

A las ondas azules del río
la luna las ama,
y de noche, sonriente y hermosa,
desciende a besarlas.
Y, cubriendo su nido lecho
con velos de plata,
las aduerme cantando las bellas
historias fantásticas.
Son visiones radiantes perdidas
en brumas doradas,
dónde late una lira invisible
que llora y que canta.
Son recuerdos de tiempos que huyeron;
secretos que guardan
los fulguros sublimes del éter,
las sombras calladas...
Y las ondas escuchan, escuchan,
suspensas y extáticas,
deteniendo su dulce murmullo,
soñando hechizadas.
Y sus sueños hermosos fulgurán,
su seno brillantan,
convertidos en suaves estrellas
en nubes de nécar...
F. Aldrich.

on el hombre, le hace levantar los ojos, la desconfianza se retrae en ellos.

Una pregunta hecha con afectuosa cordialidad, una caricia al niño que yace en el jergoncito, la cariñosa respuesta de un remedio casero, una palabra de ternura, aleja de su ánimo la desconfianza, y llora. Llora, pues aquí, si ama, es porque tiene corazón; y si tiene corazón, no será difícil transformarle. Veámos: sentados los socios en dos banquillos, único ajuar de aquella miserable vivienda, el pobre habla de sus penas, de su desgracia, de la enfermedad de su hijo, del abandono en que se encuentra; el socio le echa en la conversación, procurando verter en sus palabras el consuelo y la esperanza.

El bono que en aquel momento se le entrega, es un recurso, y el pobre ve entonces que aún hay quien se acuerde de su situación, y la remedia; piensa, y acude a su febril imaginación una idea que es el principio de su redención. Considera, que aquellos que, por su porte indican ser personas de alguna posición, deben tener en su casa todas las comodidades, y que, por haber abandonado en aquel día de su primer infortunio

para pasar un rato a su lado, le han hablado con cariño, se han interesado en sus dolores, han llorado con él y le han entregado una cantidad para remediar un escape, y todo esto sin haber llamado a su puerta; tenía entendido que eran duros de corazón, que eran sus verdugos; y además, había leído en su periódico que era deshonroso tender la mano pidiendo una limosna por Dios. Al mismo tiempo su imaginación le recorda las burlas de sus amigos, la puerta cerrada, el consuelo no hallado, y al comparar, siente cierta inclinación hacia aquellos caballeros que han estado a visitarlo: mas al fin se pregunta: ¿qué querrán? ¡infelices! no cabe en su atrozada inteligencia la idea del desinterés! Al dirigir al suelo su mirada, tropieza ésta, con un papelito impreso que, inadvertidamente, se le ha debido caer a uno de aquellos señores; lo recoge, y lee con avidos el título, haciendo un gesto de desagrado: «Dios existe», es Aquel, y apunta está de arrojar la hoja al escaso fuego que, en suyo lebrillo, se halla medio apagado, en un rincón de la estancia; la curiosidad quiebra más que la ira, y continúa leyendo. Al terminar, su frente arde al en-

de la semana, y le agrasas, además, con que si no hace aquel sacrificio en provecho de sus «camaradas» compañeros, quedará expulsado de la sociedad obrera a que pertenece, y privado de los beneficios que aquella reporta a sus socios; este hombre es, lo le habréis adivinado, el cobrador del Circulo. Mas nuestro pobre, completamente transformado, lo rechaza desdichosamente, porque los beneficios de que se va a privar, tuvo ocasión de comprobarlos al ir a que la enfermedad, la escasez, y la miseria, se cebaron con crueldad en su misera morada.

Veis, pues, en la descripción que acabamos de hacerlos, la obra importantísima que en el orden social está llamada a realizar la Sociedad de San Vicente de Paul, sea regenerado el individuo; pues se ha regenerado también la familia y la sociedad.

No debe asustarnos la magnitud de la empresa ni el tiempo que hemos de necesitar. Siete siglos fueron necesarios para reconquistar el terreno perdido en una sola batalla; pero se consiguió por fin. La reconquista de la sociedad para la verdad y el bien, es tarea de más importancia que aquella, y requiere un largo trabajo metódico.

retratada en su semblante! La enfermedad, la escasez producida por la falta de trabajo, la miseria, llevadas sin resignación por una luctuosa perniciosa ó una engañoso predilección, había arrancado de su alma el frondoso árbol de la esperanza; porque el desdorado de sus padres, había suicidado sus inocuas inteligencias en la ignorancia de aquello que todos debíamos saber, ó porque malas compañías, en momentos críticos de su vida, derribaron de su corazón el altar que les rindieron culto a la fe de sus abuelos; y los sustituyeron con la avida; agustando en ellos la confianza en una vida futura mejor que la presente, y separándolos de toda idea de religión; mirando, en suma, los cimientos de la ley moral, para que el hombre dejara de ser racional y se convirtiera en bestia.

¿Y cuál es, señores, nuestro deber en estos casos? ¿No es precisamente el de modificar lo que el espíritu del mal destruyó en aquellos semejantes nuestros? ¿Cuál es nuestra misión? ¿Será cuál la de separarnos con horror de tan lastimoso espectáculo? ¡Ah! no, no podemos dejar a un hombre que, entregado al desaliento, sea